ENSAYO INTRODUCTORIO

La Independencia del Perú se logró a través de un largo proceso cuya duración se explica porque, a diferencia de otras naciones, en el nuestro se concentró el poder militar y administrativo del virreinato que era el más poderoso de Sudamérica, desarrollándose encuentros bélicos en diferentes puntos del territorio peruano, posterior a la proclamación de la independencia y que tiene como punto inicial a Junín el 6 de agosto de 1824 y definitivo en Ayacucho el 9 de diciembre del mismo año, cuya victoria selló y consolidó la independencia nacional y regional.

Luego de la llegada de Simón Bolívar al Perú, en setiembre de 1823, recibió amplios poderes para combatir a los realistas, decidiendo trasladarse a Trujillo para preparar la campaña final. Así, el Ejército Unido organizado por Bolívar fue establecido sobre la base de las unidades que quedaban del Ejército Libertador, del Ejército del Perú Republicano y de las Fuerzas Auxiliares de la Gran Colombia. Según los reglamentos de la época, se llamaba Ejército Unido al formado con tropas de dos o más potencias, combinando de antemano un plan de campaña, a ellos se sumaban los cuerpos de guerrillas que operaban en la sierra central, consideradas como una fuerza auxiliar y que cumplieron una destacada labor.

Bolívar y los generales de su entorno estaban más imbuidos de la doctrina napoleónica y también tenían un amplio conocimiento de los principios de Federico el Grande. Según el general de brigada Carlos Dellepiane, "pusieron en práctica las batallas frontales, en las que las tropas se precipitan unas contra otras en orden cerrado y en formaciones densas, para buscar la solución por el choque de la masa".

La instrucción se hizo de acuerdo a los manuales y reglamentos vigentes, pero fue mucho más intensa por la férrea disciplina que impuso Bolívar en el Ejército Unido. Resultó, por ello, muy eficiente y las tropas dieron todo lo que se les pidió en las batallas que libraron meses después. Entre las recomendaciones que dio Bolívar para la instrucción, se indicaba que debía hacerse marchar a los soldados diez leguas por día, para acostumbrarlos a las marchas forzadas.

Para aclimatarlos al soroche, los obligó a pasar cerros elevados, además de enseñarles a avanzar sobre pendientes con agilidad. Corrían una hora u hora y media, para precipitar sus movimientos cuando fuera necesario abordar al enemigo. Decía: "Debemos hacer marchar a nuestros soldados por las punas, para enseñarles a respirar el soroche y a saltar entre peñas como los huanacos, en cuyo país vamos a hacer la guerra".

A fines de 1823, la situación política y militar del país era comprometida. Los generales realistas, muchos de los cuales habían participado en las guerras contra la invasión napoleónica, habían ganado posiciones y el éxito de la guerra independentista peligraba. Bolívar, entonces, decidido a engrosar el efectivo del ejército ordenó que todo individuo entre 12 y 40 años apto para la guerra fuera reclutado. Cada pueblo debía contribuir con cien hombres. En febrero de 1824, para engrosar aún más sus filas, ordenó otro reclutamiento de peruanos. Trujillo aportó 300 hombres; Lambayeque, 876; Piura, 1,104; Cajamarca y Chota, 1,560; Huamachuco, 960; Pataz, 324; y Chachapoyas, 624 reclutas. Todos fueron enrolados en las unidades grancolombianas

A mediados de 1824, el Ejército Unido estaba listo para iniciar operaciones; tenía como General en Jefe al general Antonio José de Sucre y como Jefe de Estado Mayor al general Agustín Gamarra, reconocido como buen organizador y táctico.

Luego del triunfo de Junín, el Ejército Unido Libertador continuó su marcha por Tarma, Jauja, Huancavelica, Ayacucho, Apurímac y Chalhuanca. En este último lugar, Bolívar encargó el mando a Sucre y se dirigió a Lima para atender asuntos políticos y militares. Bolívar le dejó orden de mantenerse a la expectativa y de ser necesario retroceder incluso hasta Jauja, a donde él podría acudir con las fuerzas colombianas recién llegadas a Lima. Por su parte, el Ejército Virreinal, se dirigió a Chincheros (Cusco). Desde mediados de noviembre ambos Ejércitos se movilizaron por las márgenes opuestas del río Apurímac, hasta que el 2 de diciembre se avistaron en Matará. Al día siguiente, a una legua de ese poblado, fue sorprendido el batallón gran colombiano "Rifles" por la división realista del general Gerónimo Valdés, siendo este arrollado y dispersado.

El 8 de diciembre, el Ejército Patriota se ubicó en la Pampa de la Quinua, mientras que el Ejército Virreinal ocupó las alturas del Condorcunca. Aquellos contaban con 9,310 soldados, mientras que estos últimos sumaban 5,780 efectivos. En el campo patriota La Mar (que años atrás había peleado por los realistas) presionó a Sucre para que decida dar batalla, haciéndole ver las ventajas del terreno y la superioridad moral de las tropas independientes; el Comandante en Jefe, luego de una Junta de Guerra decide dar batalla, tomando su dispositivo de combate.

Por su parte el virrey, dominando con la vista el campo patriota concibió un plan de ataque que comprendía descender de las alturas tomando el borde opuesto de una quebradita que atravesaba transversalmente la pampa, lo que daría espacio suficiente para desplegar las divisiones y armar la artillería, al mando del brigadier Cacho.

Ya en la pampa, Valdés atacaría a La Mar, flanqueando el dispositivo patriota, al mismo tiempo que Villalobos y Monet -veterano de la guerra de Independencia de España contra Napoleón-; fijarían mediante un potente choque frontal.

En reserva, la infantería se encontraba a órdenes de José Carratalá y la caballería de Ferraz -quien también era un veterano de la guerra contra Napoleón-. Antes de las nueve de la mañana del 9 de diciembre de 1824, los combatientes de ambos ejércitos se trasladaron a las faldas del cerro para presenciar un abrazo de despedida entre los hermanos, parientes y amigos que se hallaban del lado realista y del lado patriota; a las 10 de la mañana los realistas rompieron los fuegos e iniciaron el descenso.

Valdés, con la más numerosa y selecta división y apoyado por sus piezas de artillería, atacó decididamente a La Mar, quien se aferró al terreno. Al ver esto Sucre reforzó a La Mar con dos batallones de la división de Jacinto Lara, en vista de que el ejército realista se pronunció decididamente por ese flanco.

El ataque se generalizó en todo el frente: Villalobos hizo retroceder a los elementos avanzados de Córdova, pero la caballería patriota de Guillermo Miller (otro veterano de las guerras napoleónicas) restableció el frente.

El virrey adelantó la división Monet, pero Lara reforzado por los "Húsares de Junín", desbarató sucesivamente sus brigadas, al querer pasar éstas la quebradita que corta la pampa de la Quinua.

Sucre ordenó el contraataque general, avanzando Córdova vigorosamente hasta media pendiente, mientras Lara hizo retroceder a Valdés. La retirada realista se acentuó, comenzando a ser desordenada.

Sucre detuvo a la división Córdova, muy fatigada por el esfuerzo y continuó la explotación con la división La Mar, que quebró las últimas resistencias enemigas, siguiendo la persecución hasta dominar las cumbres del Condorcunca, donde capturó a Canterac quien había tomado el mando del ejército realista por ser herido el virrey. El jefe realista propuso la suspensión de hostilidades y La Mar, lo condujo personalmente ante Sucre.

Enterado del triunfo, Bolívar dispuso que las unidades que participaron en la batalla llevaran junto a su nombre el título de "Glorioso" y declaró a los oficiales y soldados del Ejército Unido Libertador como "Beneméritos en grado eminente".

Nadie podrá oponerse a que los peruanos veamos nuestra historia como peruanos...siempre nos han presentado como subalternos, sin preocuparnos de relievar su verdadera importancia. Debemos enfatizar que durante varios años, los realistas contaron con excelentes tropas indígenas, pero estos cuerpos se habían debilitado, además que las ideas de cambio habían penetrado ampliamente en dichas fuerzas, a tal punto que en un momento de la batalla dejaron de pelear y empuñaron sus armas contra sus superiores. Es indudable que en Ayacucho brilló el saber y tino de todos los jefes y oficiales del ejército patriota.

Enfatizamos que el aporte de los peruanos en este histórico triunfo fue inobjetable: la división peruana, comandada por José de La Mar, es el flanco que recibió la primera y más terrible arremetida del contrario, precisamente de la división Valdés, el más prestigioso general español. Sabía que la quiebra de los peruanos no podía ser remediada por las otras divisiones, por ella utilizó todos sus recursos, particularmente su número de hombres, mayor que el nuestro. Si la división La Mar cedía, la batalla estaba ganada por los españoles.

Más los peruanos, no sólo están en la división La Mar. El general Agustín Gamarra fue el Jefe de Estado Mayor General; Ayudante General del Ejército Unido Liberador fue el joven oficial Ramón Castilla; Edecán de La Mar fue Domingo Nieto. Pero la presencia nacional, se midió en la presencia de soldados en todas las unidades del Ejército Unido Libertador, por la vía de reemplazos. No es pues aventurado decir que 2/3 de las tropas triunfadoras en Ayacucho eran netamente peruanas, sin contar en éstas a más de tres mil guerrilleros, que constituyeron la retaguardia peruana, ellos controlaban las quebradas y pasos.

Ayacucho fue una batalla decisiva porque se consiguió la destrucción física masiva del enemigo, definiéndose la guerra no sólo en el ámbito militar, sino también en el político. Cambió las estructuras sociales y económicas, redefiniéndose la geopolítica del continente, sentando las bases para la configuración de nuevos estados y el reordenamiento del poder regional.

El Ejército del Perú, cuyas primeras unidades se habían formado desde octubre de 1820, cuatro años después era una fuerza importante, fogueada en el combate, conocedora de fracasos y triunfos, capaz de asumir la sagrada responsabilidad de sostener la república y defender su soberanía. Había jugado un papel determinante en las batallas finales de la independencia del Perú y América, y, en este sentido, Junín y Ayacucho eran la mejor prueba de su madurez.

Consolidada nuestra Independencia el Ejército del Perú se preparaba para su organización acorde con las nuevas circunstancias políticas. A decir de nuestro historiador Jorge Basadre:

Pero a pesar de todas las circunstancias adversas e infaustas en la primera parte del siglo XIX peruano, el ejército representó a la nación. Sin Junín y Ayacucho, la patria no habría emergido, frente a los peligros de mutilación, desintegración o disolución, hombres de uniformes preservaron a la persona nacional... ¿Qué habría sido del Perú sin el ejército en el largo período que va desde la crisis interno-internacionales de 1827 y 1829 hasta la crisis interno-internacionales de 1841 y 1842? Habría perdido jirones de su patrimonio, elementos de su ser, acaso hasta su propio nombre, en contraste con las dificultades que entonces eran formidables y las variedades geográficas, las fuerzas armadas se desparramaron por el territorio y atrajeron personal de las distintas regiones. A pesar de las diferencias étnicas y de los desniveles de carácter social y económico, acogieron por igual a gente de todas procedencias, cumpliendo así, a su manera una función democrática y les infundieron más allá de los conceptos profesionales, un sentido de nacionalidad, no sólo se debe hablar, pues, de los trastornos políticos o del gasto representado por sueldos y pendones cuando se valorice el papel de los institutos armados durante los primeros años de la República. (Historia de la República del Perú. 1822-1933, 1983, Tomo I, pp. 202)

En el año del Bicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho, la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú – CPHEP, creada según Decreto Supremo N° 0004-78-GU del 25 de enero de 1978, como ente encargado de investigar, escribir y difundir la historia institucional y la historia militar del Perú, se complace en presentar la Revista Documenta de Historia Militar N° 14, dedicada a la Batalla de Ayacucho, que consta de ensayos elaborados por prestigiosos investigadores civiles y militares de reconocidas trayectorias, tanto a nivel nacional como internacional, quienes abordan de manera científica este emblemático hecho de armas. A ellos expresamos nuestro agradecimiento, rindiendo así homenaje a todos los actores, civiles y militares que afrontaron con heroísmo dicha batalla, que dio libertad no sólo al Perú, sino a gran parte del continente americano.

HISTORIADOR ROBERTO MENDOZA POLICARPIO

COMISIÓN PERMANENTE DE HISTORIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ